MARIANA ENRÍQUEZ: UN LUGAR SOLEADO PARA GENTE SOMBRÍA (2024)

DIFERENTES COLORES HECHOS DE LÁGRIMAS

¡Ay, la llaga en color de ropa antigua,
cómo se entreabre y huele a miel quemada!

CÉSAR VALLEJO,
«Absoluta»

Caminé varias veces la cuadra, de esquina a esquina, y aunque chequeaba en el teléfono la dirección, debía estar equivocada. No podía ser en la vereda de enfrente, porque estaba el Jardín Botánico. Y los edificios en la cuadra indicada eran todos embajadas, bibliotecas, casas tan fastuosas que por imposibilidad de mantenerlas financieramente ahora eran geriátricos u hoteles de lujo: resultaban increíbles como lugar habitacional. «¿Acá vive gente?», preguntaba siempre mi amiga Luzmala cuando veía una casa espectacular, las dos en el coche fumando un porro con el aire acondicionado al máximo, porque ella odiaba el calor (y por «calor» entendía 20 grados).

Volví a mirar la dirección, a veces los clientes ponen mal un número, porque pensaba llamar por una confirmación, pero encontré una entrada de edificio medio oculta entre las embajadas. Parecía un anexo protocolar del Vaticano, pero no: tenía los timbres de cada departamento, uno por piso, y una entrada de bronces, espejos y mármoles típica de la zona. Toqué el timbre: el cliente había escrito que podía ofrecer más de veinticinco vestidos y joyas, y en esos casos lo habitual era que los llevara por sí

mismo al negocio, pero avisó por mensaje que era un hombre viejo, que no tenía auto ni chofer, y no quería cargar con tanto en un taxi. Lo hubiésemos dejado pasar con un «muchas gracias» en otra circunstancia, pero después del mensaje mandó algunas fotos y Luzmala, Dalila (la jefa y dueña del negocio) y yo nos quedamos mudas. Los vestidos parecían vintage *de verdad*, como los llamábamos nosotras, es decir, no prendas de los sesenta o setenta de telas ya frágiles y amarillentas, sino anteriores, de mejor calidad y en aparente buen estado. ¡Y las joyas! Estoy segura de que son copias, dijo casi sin respiración Dalila, pero parecen Lalique o Fouquet. Es imposible, porque esas piezas suelen estar en museos, pero aunque sean copias son exquisitas. Parecen hechas de lágrimas, dijo Luzmala mientras agrandaba las fotos y ella misma lloraba, lágrimas de diferentes colores. Por una vez le dejamos pasar el melodrama, porque las joyas se lo merecían.

No tardaron en atender el timbre: pensé que lo haría una mujer, una empleada quizá, pero no, era la inconfundible voz de un anciano. No pude evitar cierto disgusto en la boca del estómago. Sé que no debo decirlo en público y mucho menos sentirlo, y que los viejos tienen problemas de soledad y jubilaciones magras e hijos crueles, y que pierden la cabeza y se enferman, pero a mí no me gustan los viejos. No sé qué haré cuando yo misma sea vieja: espero morirme antes. Me pasa algo muy extraño. Siento que fingen. Que los achaques, el caminar despacio, la constante charla sobre enfermedades y médicos, el olor de la piel, los dientes postizos o en mal estado, las repeticiones de las anécdotas, todo es una puesta en escena para irritar. Por supuesto, sé que no es así, pero no puedo evitar sentirlo y les tengo una desconfianza que me obliga a mantener la distancia, a jamás conmo-

verme con las historias del abuelo, a poner los ojos en blanco cuando algún empleado de la tienda se toma unos días porque se murió su abuelita. Quién puede sufrir tanto por esa muerte como para no ir a trabajar, me pregunto.

Quizá sea el recuerdo de mi abuela, siempre de negro y la nariz ganchuda, incapaz de una caricia, que juzgaba a todas las mujeres del barrio como putas o –su palabra favorita– atorrantas. Tampoco me traumatizó: dejé de verla en cuanto pude y mi padre se encargó de su entierro y velorio, al que fui de madrugada. No había casi nadie. Se merecía ese desprecio final.

El ascensor me dejó en una pequeña sala, frente a la puerta del departamento. Cuando era más chica, me preguntaba cómo eran estas casas de ricos, ¿no tenían escaleras? Pero sí que tenían, solo que del otro lado del departamento, cerca de las habitaciones de servicio, como un secreto oscuro. El viejo, vestido con un traje gris y zapatillas blancas, me tendió la mano.

–Noé –dijo, y sonrió con dientes tan blancos que daban asco por lo artificial–. Como el señor del arca.

En el vestíbulo había un piano negro, no llegué a ver la marca porque él me llevó bastante rápido –veloz con sus zapatillas– a la biblioteca. Era incómoda y hermosa, con sillones de cuero un poco gastados y demasiado blandos para sentarse cómodo, y algunas mesas muy pequeñas, como para tirar tarot o de café francés. Los libros ocupaban todas las paredes menos una, la del ventanal, que daba a un jardín interno, no sé si suyo o del edificio, pero intuí que le pertenecía al piso, porque ya no podía llamarlo departamento.

En una de las mesas chicas me esperaba un café corto, muy cargado, sin azúcar.

–Me tendrá que disculpar –dijo Noé. Tenía los ojos algo nublados, ¿cataratas? Parecían un cielo gris–. Hoy no pudo venir la muchacha y me temo que soy un inútil.

Le sonreí y me tomé el café de un trago. Me miraba con tanta intensidad que temí que el café fuese un brebaje para dormirme o drogarme, pero enseguida pensé: no, es tu aversión a los viejos, y este es un viejo bastante repulsivo porque finge ser encantador.

Me empezó a contar sobre su esposa. Llevaba dos años muerta. Ambos tenían mucho dinero (aquí hubo una diatriba sobre el país y su penosa economía y sus políticos corruptos que dejé de escuchar, porque todas esas diatribas son exactamente iguales). Ella venía de una familia tradicional, heredera de campos y tambos. Él era un comerciante exitoso, dueño de inmobiliarias y de una marmolería cuyo nombre me dijo y olvidé porque solo pude pensar para qué sirven las marmolerías y la respuesta era única: para lápidas. Para nichos. Viejo funebrero, pensé. Lo único que me gustaba de él era el pelo, blanco y espeso, envidiable. Le expliqué nuestro método: podía vendernos las prendas o dejarlas en comisión por un porcentaje y recibir un mejor precio si se vendían. Me interrumpió: las quería vender. A cualquier precio. Incluso las regalaba. El precio que había enviado, de hecho, era muy bajo para la clase de vestidos y joyas que ofrecía, pero no quería que siguieran en la casa. Tenían el olor de su mujer, eran su presencia encerrada en un ropero, no quería volver a sacarlas buscando un aroma que se perdía con los años, no quería ver en el espejo, de reojo, su fantasma acomodando la cintura y frunciendo la nariz si no estaba conforme. No quería pasar lo que le quedaba de vida con ella. Había más vestidos, pero los iba a regalar a familiares o donar al Museo del Vestido, que estaba muy interesado.

Tuve que ir con él hasta la habitación donde guardaba la ropa, atravesando un pasillo oscuro en el que intuí pinturas bastante oscuras, como paisajes de medianoche o de tormentas. El ropero estaba abierto y los vestidos, colgados. Al costado, un enorme espejo de cuerpo entero donde su mujer –no me había dicho el nombre– se debía mirar y fruncir la nariz. Busqué fotos, pero no encontré. Quizá las guardaba en otra habitación. El departamento parecía infinito.

–Estos son los que puse a la venta –dijo.

–¿Cómo nos encontró? –quise saber.

El hombre debía tener más de ochenta y nuestro negocio se mueve casi exclusivamente en redes.

–En Instagram –contestó, con una sonrisa pícara. Si me mentía, no iba a saberlo.

Permiso, dije, y saqué los vestidos. Eran diez. Un lamé turquesa con capa. Un Balenciaga sublime, también con capa. Un vestido de día flapper, de chiffon, con flores suntuosas bajo la cintura y hacia el hombro izquierdo. Otro de noche negro, de manga larga, broderie exquisito en quién sabe qué piedra. (De prendas y telas aprendí, no mucho de lo demás.) Uno azul sin mangas con detalles en lamé dorado. Una suerte de sari indio azul y oro. Una maravilla con espigas y bordados que rozaba el kitsch pero era una belleza. Todo entre los años veinte y los cincuenta, estaba segura. Algunas telas estaban algo débiles, pero más por el encierro: estos vestidos habían sido muy poco usados, quizá solo una vez. Mientras yo los admiraba, eran obras de arte –Dalila iba a llorar–, Noé me trajo la caja con las joyas. Una libélula con cabeza de mujer, los ojos cerrados: un broche. Sirenas, medusas, caballitos de mar, vidrio, cristal, piedras. Los dijes eran demenciales. Las esfinges. Los pavos reales. Uno en especial, de ópalo, que re-

presentaba un bosque renaciendo, no merecía que me lo llevara a Isis, nuestro negocio, por más que él insistiera. Era demasiado valioso, estaba segura. Se lo dije, pero no hubo caso. Se quería sacar los recuerdos de encima, pero cuando llamé al auto para que me viniera a buscar (guardé los vestidos con el mayor cuidado en una valija), el viejo me dijo:

–¿No se quiere probar uno?

La pregunta me sorprendió, pero mucho más que no agregase «me voy y la dejo sola mientras lo hace».

–No. No me gusta usar ropa de muertos –le contesté, con evidente insensibilidad, para que quedase claro que su pregunta me había puesto muy incómoda.

Miré el teléfono: ocho minutos de espera para el auto. Esta app es el mal, pensé.

–Qué tontería, me disculpa. Toda la ropa es de muertos –murmuró, y se sentó en la cama de una plaza. Parecía agotado–. Mucha de la ropa que ustedes venden es de gente que ya ha fallecido o, no lo sé, quizá la venda una mujer joven y ella puede morir al otro día, ¿no? Y la ropa que usted usa ahora, aunque la haya comprado nueva, será de muerto cuando usted misma muera.

–En general no me pruebo la ropa del local.

Siete minutos. El tiempo es absolutamente relativo, pensé.

–Pero la toca. ¿No le quedan los dedos con olor a naftalina y polvo?

–¿Cómo se llamaba su esposa? –La pregunta lo descolocó. Era mi objetivo.

Dudó, como si no lo recordara. Quería mentirme. Pero sabía que hoy con una sola búsqueda en internet el engaño queda desnudo. Era vivo, el viejo. Bicho. Lo detesté.

–Susana –dijo finalmente.

–¿Y de qué murió?

–De cáncer. No sufrió mucho.

–Me alegro.

Le di en mano el dinero requerido, que era bastante, pero al mismo tiempo era una suma ridícula por los tesoros que me llevaba. Dos minutos. Le di las gracias y bajé, bastante apurada. No me daba miedo el viejo, lo podía matar de una patada, pero cómo saber si estaba solo en ese piso tan grande.

Dalila, en efecto, lloró. Cuando vio el logo de Balenciaga, dio un grito. Luzmala se probó las joyas con un cuidado indecible y Dalila dijo estas no van a la venta, al menos no acá en Isis. Tenemos que hablar con un buen anticuario y creo que podemos sacar un montón de plata. Esto si no es Lalique o Fouquet, sobre todo esta del paisaje, este es Fouquet de cajón, es una copia tan buena que igual va a salir mucho dinero. Como hacía cuando estaba entusiasmada, movió los brazos para que tintinearan sus pulseras de resina coloradas, marca registrada de Dalila, la mejor jefa del mundo. No le dije nada sobre la extraña parrafada del viejo sobre la ropa de los muertos. No sé por qué. Tampoco que me había sugerido probarme los vestidos.

Luzmala estaba en la computadora con uno de los anillos aún en el dedo meñique. Los otros anillos eran demasiado chicos para sus dedos. Creo que se había enamorado de una gargantilla que era tan molesta como usar un cuello ortopédico, pero se veía como una aparición celestial.

–Miren, miren. Acá está el viejo. Es dueño de las inmobiliarias Seidel. Noé Seidel. Por suerte nos mandó su nombre completo, porque esta tarada no es capaz de preguntar nada útil.

La tarada era yo.

–No es de tarada, es que a veces se dispersa –me defendió Dalila. Estábamos las tres solas en Isis, que cerraba a las 20.00. Afuera se hacía de noche.

–Bueno. Susana, te dijo. Es Susana Swanson.

Uy, dijimos a coro. Era una rica famosa pero bastante discreta. Su apellido solía estar en las crónicas sociales. No recordaba si había tenido hijos: creo que no, porque de lo contrario el drama de los herederos hubiese sido público.

–Pero ¿no hubo un escándalo de algún tipo? Creo recordar un divorcio hace muchos años –preguntó Dalila.

–Ahí voy. Acá dice que la Susana dejó a su marido millonario por un médico de hospital público, más pobre, sí, pero estas guachas nunca un peón, eh, con lo bien que te debe garchar un peón. Y que el señor Noé se puso loquito y parece que agarró al doctor y le rompió la cara en pleno Hospital de Clínicas y, me escuchan, estuvo detenido. Poco tiempo. No le hizo nada al médico, igual, nariz rota, moretones. Esto pasó en los ochenta, ya era grande ella, mirá la señora qué espíritu. Murió de cáncer, eso es verdad.

–En el Clínicas.

–Está enterrada en la Recoleta. No dice en qué hospital murió, busco.

–Da igual –dijo Dalila–. El tipo tuvo la ropa como cuarenta años, ¿por qué ella no la mandó a buscar? Entiendo que no lo quisiera ver, pero esta gente tiene empleados.

–Capaz no la quería más –dijo Luzmala.

–Mirá lo que son, mi vida, ¿vos no los querrías a estos vestidos?

Intervine, porque yo era la única que lo conocía:

–Eran regalos de él. A lo mejor no quería nada suyo. Él tiene algo raro. La debía cagar a palos.

Luzmala cerró la laptop y gritó:

–¡A probarse ahora que estamos solas!

Las dos fueron corriendo a los espejos, y yo también. Me sentía protegida ahora y quería sentir esas telas sobre el cuerpo. Eran para una persona muy alta, así que lo lógico era que las luciera primero Luzmala, pero, siempre generosa, dijo que yo había ido hasta la casa del viejo raro, me tocaba a mí el primer premio.

Elegí un vestido rojo de manga corta, de seda y terciopelo, con un bordado intrincado de piedras violetas, azules, rojas. Años veinte, dijo Dalila, es de Paul Poiret o es una buena copia de su estilo. (Dalila estudió diseño e historia de la moda.) No hay manera de explicar cómo se siente llevar puesto un vestido maravilloso. Todo cambia. La expresión, la postura. Si el corte es regio –y este lo era– ninguna imperfección –real o percibida o impuesta por la mirada ajena– se nota. Es como dejar caer sobre el cuerpo un elixir mágico, es morder la manzana, es abrir los ojos a un mundo posible. Desprecio a la gente que no entiende la moda. No saben lo que es sentir la seda, no saben lo que es darse vuelta y mirar sobre el hombro y que nuestra cara, la de todos los días, sea otra, los labios brillantes, los ojos misteriosos, una sombra bajo el pómulo que antes no estaba allí.

Luzmala aplaudió y Dalila se tapó la boca con la mano porque le temblaban los labios.

Yo me acerqué al espejo y vi los primeros moretones. Empezaban en el brazo y se extendían lento pero seguro hasta las muñecas, donde parecían dos brazaletes púrpura. Las chicas los vieron también, pero si dijeron algo no escuché en ese momento. Me levanté el vestido y me miré en el espejo. Sobre la ropa interior, en el vientre, tenía dos tajos enormes, como de cirugías, abiertos, que no sangraban,

pero, cuando me moví, asomó un órgano, quizá el intestino. Lo toqué con una fascinación inexplicable, sentí una puntada y entonces vino el dolor. De a poco, en oleadas. Levanté más y bajo el corpiño vi la saña de una herida grande y, shockeada, observé lo que no podía ser más que el corazón, exangüe, pálido, vacío de sangre. Recordé la duda de santo Tomás (yo estudié historia del arte) y me metí el dedo. Todos los órganos estaban fríos y quietos. Pero entonces el dolor me atrapó el cuello y vi el tajo y no lo soporté. Empecé a gritar. No decía nada, creo, pero se entendía el pedido: que, por favor, me lo sacaran, que yo no podía, que tenía miedo de morirme. Me lo sacaron entre las dos y, ni bien estuve desnuda frente al espejo, aunque tirada sobre el piso porque lloraba y el dolor, aunque se iba de a poco, era insoportable, noté que las heridas se retiraban. En el pecho no quedó nada: estaba la piel limpia y sana, como siempre. Los moretones se desvanecieron. El cuello, sin el corte.

–Jesús, María y José –dijo Luzmala.

Agarró el vestido de las espigas y se lo puso. No la detuvimos. En cinco minutos, cuando lo levantó para mirarse las piernas, vio decenas de cortes, uno muy profundo en el muslo, que debía haber cortado la arteria. Sus heridas eran diferentes. En el pecho, por ejemplo, tenía solo una, que le partía el esternón. Uno de sus brazos empezó a hincharse y, a diferencia de mi caso, los labios se quebraron, el ojo se cerró en un moretón negro y azul. Tampoco lo soportó, pero se lo sacó sola, lo más rápido que pudo, y se vistió enseguida con su propio vestido negro.

–¿Qué vamos a hacer? –lloró Dalila, y las tres nos abrazamos.

Quizá es con nosotras. A lo mejor no les pasa a las clientas. Eso dijo Dalila esa noche cuando nos llevó a comer a su casa. Las joyas no hacen nada, ya se las probó Luz y está bien, aunque no se las quiera poner más; también me las probé yo y no pasa nada. No sabemos a largo plazo qué puede pasar, pero ya quedamos en venderlas, mañana llamo a Esopo, son los mejores y no son chantas. Si se las prueban y no les pasa nada, mejor. Esperemos.

Las tres nos quedamos a dormir en lo de Dalila, en su casa de barrio con árboles en la vereda.

Y las tres fuimos a Isis al otro día, como siempre. Los empleados compraron y vendieron ropa, la gente revisó los racks, vendimos bien, las tres teníamos el ojo de los dioses para la ropa y Luzmala, que había estudiado contaduría pero lo suyo era el diseño, especialmente de zapatos de fiesta de talla grande, además tenía el don en las manos y en una ojeada podía acomodarte bien una prenda de corte o calce complicado; también sabía aconsejar sobre algo que a lo mejor no era muy interesante en la percha pero quedaba excelente puesto. Claro que no nos olvidamos de las heridas y yo me masajeaba tanto el cuello que Dalila, varias veces, me tuvo que decir «cortala ya». Cortala no es el mejor verbo, le retrucó Luzmala, y Dalila se tapó los ojos con sus manos de uñas cortas y prolijas.

Una chica alta, de pelo llovido y piernas delgadas pidió uno de los vestidos, de los más hermosos, que Dalila llamaba «robes de style», negro, con una capa corta de pedrería, cintura alta, falda suelta, estilo Jeanne Lanvin (todavía no se atrevía a garantizar nada sin comprobar *labels*; Dalila cambiaba del francés al inglés para hablar de moda, lo que era bastante tonto y molesto, pero también gracioso). La chica entró al vestidor, claro, no se iba a probar, como nosotras, en el espejo del salón. La música

estaba muy fuerte aunque yo siempre le pedía a Polcito que, por favor, la bajara, que la gente no venía a bailar, venía a comprarse ropa. Me trataba de vieja. Dalila es media sorda, así que le daba igual. Pero con Luzmala nos miramos porque escuchamos los gritos. Yo iba a salir corriendo, pero Dalila me contuvo. La chica apareció con el pelo erizado y las ojeras, que ya tenía de antes, ahora le hundían los ojos. No dijo nada. Dejó el vestido sobre el mostrador tan apurada que se cayó al suelo, y salió corriendo. Nos miramos. Había que sacar los vestidos de exhibición porque esa clienta lo iba a contar y nadie quería una leyenda negra sobre Isis, la mejor tienda vintage de Buenos Aires.

Cuando cerramos, Luzmala se encargó de los números del día, como siempre, y en otra compu Dalila miró las prendas ofrecidas. Guardó varios mails hasta que, al grito de «vengan, vengan», nos señaló un mail de Noé Seidel. Antes se había comunicado por teléfono y por mensajes de WhatsApp. Pero evidentemente sabía usar todos los canales de comunicación. Él o alguien escondido en ese enorme y, ahora me doy cuenta, horrible piso decadente.

Para: isisvintage@eshops.com
De: noé@seidelpropiedades.com.ar

¿Ya se los probaron PUTAS? Seguro porque por eso me mandaron a esa pendeja PUTA tan parecida a la PUTA de Susana, todo es original pelotudas, todo, gasté fortunas en esa ATORRANTA y después no quiso nada, despreció los regalos como a mí, yo me la fifaba como NADIE, ella gritaba como la PUTA que era, los ojos en blanco se le ponían. No, no la maté. Pero me imaginé tanto tanto tanto cómo matarla y dibujaba todo sobre los vestidos, con un cuchillo, no los rompí, no los rasgué siquiera, NO NO NO, ¡jamás! Soy delicado. Pero

conozco gente. En mis negocios se conoce gente. Y todo está en esas telas, hermosas telas, telas del DOLOR que esa atorranta tendría que haber sentido, no sé por qué le pegué a ese pobre diablo si podía matarla a ella, pero siempre fui un sentimental.

Tengo más si QUIEREN.

Atorranta, pensé. La misma palabra que usaba mi abuela. Todos los viejos son siniestros. Dalila le gritó a Luzmala que llamara a la policía y Luzmala le dijo vos te creés que con ese mail es suficiente y alguien te va a creer, un viejo rico loco, te van a decir. Pero hay leyes. Qué leyes, amiga, sos tonta a veces, eh, crecer con plata hace mal. Tan parecida a la puta de Susana, pensaba yo. Algo más me guió: fui directo al vestido negro, a la capa con pedrería, al supuesto Jeanne Lanvin, y me saqué la ropa y me lo puse antes de que las chicas llegaran a tiempo y me abrí de piernas tirada en el suelo y sí, ahí estaba lo que la chica había visto, lo que el hombre quería que yo viese, la vagina destrozada, serruchada, el clítoris desaparecido, todo entre las piernas un enorme charco de sangre estancada, un coágulo, y el dolor, el dolor que subía por el vientre, y mis gritos como de parto. Me desmayé.

Al otro día, con un té y un tranquilizante, llamé a Dalila y le dije que renunciaba. Ella lloró, me pidió que trabajase remoto, que eligiera ropa, que me quedara en contacto de alguna manera. Le dije que no y le colgué para que no lograra convencerme.

Durante semanas me inspeccionaba la vagina con alivio al encontrarla normal. Durante meses menstruar se convirtió en algo traumático. Solo podía hablarlo con Luzmala, nos juntábamos a tomar café con hielo y ella me contaba cosas de Isis: una vez me dio mi parte de dinero por la venta de las joyas que, hasta donde la gente de Eso-

po sabía, eran todas auténticas y no causaban lo mismo que los vestidos (eso ellos no lo sabían, pero ahora nosotras sí). Era mucha plata. Comprá dólares rápido, me dijo Luzmala. Le hice caso. Ya había vuelto a dar clases de historia del arte, pero, claro, eso nunca paga bien.

En uno de los encuentros, cuando tuvimos que movernos a las mesas de adentro de nuestro café favorito porque llovía a baldazos, me contó que el viejo Noé se había muerto. Se enteraron por el diario. Y con Dalila –que me dejaba mensajes que yo no contestaba– fueron hasta el departamento. En un container, junto con los libros, había más vestidos. Joyas no, solo ropa.

Dalila tocó una manga hermosa que colgaba del container, me contó, un verde estampado de Schiaparelli –le sacó una foto para comprobarlo– y, un minuto después, cuando la soltó, tenía las manos tajeadas, los dedos tan lastimados que estaban a punto de despegarse. El pulgar izquierdo, de hecho, era un muñón.

–Se fue enseguida el efecto, por suerte. Estuve lenta, tendría que haber sacado una foto.

–Nunca sacamos fotos de las heridas.

–Vos te das cuenta. Así debe ser cuando se ve un ovni o un fantasma, después nos quejamos de que no hay fotos buenas. Ahora entiendo por qué pasa. Es el shock.

Me quedé pensando en esto y los argumentos para rebatirle la idea que tenía, pero no dije nada. La lluvia me quitaba las ganas de discutir.

–Y qué dijo cuando volvió a la normalidad. Su mano, quiero decir.

–Sabés cómo es Dalila. –Luzmala le dio un trago a su café y, con un gesto, pidió otro más–. Se quedó mirando el vestido y dijo: «Qué lástima».

–¿Los tiraron?

–Todavía no.

Como por un reflejo, me toqué el costado y recordé la herida en la piel, el corazón vacío, el pulmón como una esponja que se tira por demasiado usada.

–Pago yo –le dije a Luzmala.